

El último estertor de la Corona

Roberto Corella

Personajes:

Juan Bautista de Anza (Anza)

Regina (esposa de Anza)

Fray Pedro Font (Pedro)

Palma (jefe indígena)

Pablo (hechicero indígena)

Anza 2

Rivera 2

Fernando Rivera y Moncada

Benítez (soldado)

Indígenas Pimas y Yumas

Viajeros (sombras)

Un par de indígenas toca unos tambores artesanales, hechos de tronco y piel de venado. Al centro, apareciendo de un conjunto de leña acomodada como para prenderle fuego, se encuentran Pablo y Palma, indígenas. Entre ellos un palo del que cuelga una cabellera. Varios indígenas, hombres y mujeres danzan en círculo, alrededor de la pira, cantando, bailando y lanzando gritos. Anza, sobre un caballo de madera, se encuentra en una esquina; su caballo descansa en sus cuatro patas. En otra estatua, al mismo nivel, otro caballo, parado en sus dos patas traseras, montado por Rivera. Al fondo, en sombra, los viajeros van y vienen, duermen, comen, descansan.

Anza 2: En todo el planeta tierra, igual que en el hotel de tamboreán, unos vienen, otros van. Unos se quedan, otros se van; algunos se mezclan, otros pelean, todos buscan. En cualquier parte del mundo. Hay lugares y fechas. En este caso, hablamos de la segunda mitad del siglo dieciocho...

Anza (como estatua, sobre uno de los caballos de madera): ¡Segunda mitad del siglo diez y ocho! ¡Diez y ocho!

Rivera 2: Como si importara el tiempo... Igual destruimos nuestra casa...

Anza 2: En el septentrión mexicano, a orillas del río Gila... En el delta del caudaloso Colorado, en el río Salado y más arriba, en la deseada, dorada e intrincada California...

Anza (*ídem*): ¡California! ¡La dorada California!

Rivera 2: Como si importara el lugar... A donde vamos, destruimos. ¿Hay alguna diferencia entre lugares y tiempos?

Anza 2: Unos luchan por conquistar. Los seres humanos tenemos ese algo de exploradores, de conquistadores... Tenemos ese algo que nos conduce a querer ser más y tener más.

Rivera 2: Tener más... Unos luchan por conquistar, otros sólo buscan que los dejen en paz con su mundo creado, con sus tradiciones... Algunos otros sólo queremos justicia.

Anza 2: La condición humana... La movilidad es tan natural como la vida misma. Se busca, se encuentra. Los problemas empiezan cuando esos lugares ya están habitados y los que llegan quieren imponerse.

Anza (*su tono de voz va de españolado antiguo a moderno coloquial*): ¡A conquistar! ¡Somos conquistadores!

Rivera (*sobre el otro caballo. Igual, en ocasiones su voz suena de antaño*): ¡A conquistar! ¡Somos conquistadores!

Anza: ¿Somos? No te veo en los libros de historia...

Rivera: ¿Te quieres callar?

Anza: ¡Cállame!

Anza y Rivera se sostienen la mirada. Anza 2 y Rivera 2 hacen lo propio

Anza 2: Habiendo voluntad e igualdad de las partes, se puede convivir. Si hemos crecido como individuos y como sociedad, es gracias al intercambio. La mezcla y la interacción han dado pie a lo que ahora somos. Es lo que pienso.

Rivera 2: ¿Eso piensas? ¿Y qué somos?

Anza 2: Mestizos, híbridos.

Rivera 2: Pero... ¡Peero...! Cuando hay imposición...

Anza 2: ¡O pretende haberla, como en el caso de tu ascendiente!

Rivera 2: ¡Con mi Gobernador no te metas! ¡Bastante daño le han hecho con no reconocerlo como lo que fue, para que todavía un descendiente indirecto de Anza lo vitupere en pleno siglo XXI! ¡Una cosa es una cosa y otra cosa es otra cosa!

Anza 2: Más claro ni el agua.

Rivera 2: ¿Estamos?

Anza 2: Te diré... (*Vuelven a su actitud retadora*)

La música, el canto y la danza suben de intensidad un momento. Luego, quedan como fondo

Pablo (*hechicero. Sale de la pira y baila al ritmo de los tambores*): En un tiempo muy antiguo vino a esta tierra, a la vera del río Gila, un hombre que por su mal genio y duro gobierno se llamaba el hombre amargo.

Indígenas (*como un coro*): El hombre amargo... El hombre amargo...

Pablo: Era viejo y tenía una hija joven. Vino en su compañía otro hombre joven, que no era su pariente, ni nada, y el viejo lo casó con su hija, que era muy linda, y el joven también.

Palma (*sale de la pira y toma el palo donde se encuentra la cabellera*): Opas, gilias, pápagos, yumas, cocomaricopas en el río Gila... Cajuenches, Jalchedunes, Tomascabas, Quemeyas, Jecuiches, Uparsoytac, en el Colorado... Los kumeyaay, los Ohlone y los Mojave, más al norte. Además, los Zuñi o apaches, como los conocemos, al norte del Gila... Los Cucapá en Baja California... Muchos grupos. Éramos hermanos. Los hermanos se quieren. Los hermanos pelean. Nosotros nos hacíamos la guerra y disfrutábamos de la paz. Hasta con los enemigos apaches disfrutábamos temporadas de paz y de intercambios...

Indígenas: ¡Uah! ¡Uah! ¡Uah!

Pablo: Y ahora, ¿qué somos?

Palma: Ahora... Esa es otra historia...

Pablo: ¿Qué queda de nosotros?

Pedro (*entra, corriendo*): Que quede claro desde el principio: a fines del siglo diez y ocho, para los occidentales, todos los seres humanos somos obra de Dios nuestro señor Jesucristo; por lo tanto, para alcanzar el reino de los cielos, debemos rendirle culto, estar bautizados, creer en él y temerle a la muerte... Los nativos, gentiles, no conocen a nuestro Dios, no saben de él... Mi obligación es enseñarlos para que al morir aspiren a su reino... Pero... Los ejemplos que les damos.... ¡Les da alcohol...! El Capitán Anza le da alcohol a los expedicionarios... ¿Por qué les da alcohol a los integrantes de la expedición, el Comandante? Se emborrachan, gritan, pecan... ¡Buscan a las nativas para desahogar sus deseos animalescos! ¡Embrutecen tanto como los gentiles! ¡Dios! ¡Clamo en el desierto! (*Sale*)

Rivera (*deja de mirar un momento a Anza para centrarse en Pedro*): ¡Hey! (*Pedro regresa*) ¿Qué buscas? ¿Qué quieres saber? Nadie los conoce más que yo. Son ladrones. Descuídate un momento y te robarán todo lo de valor que tengas. ¡Son ignorantes! ¡Hechiceros! ¡Látigo contra ellos! ¡Más bien parecen hijos del demonio que de nuestro Dios! ¿Qué es lo que quieren rescatar de estos ignorantes?

Pablo: El viejo amargo, que fue el primero distinto en llegar a estas tierras, traía por criados al Viento y al Nublado. Eso lo hacía muy poderoso. Empezó a fabricar una casa grande, aquí a una legua del río Gila, y envió a su yerno a buscar

maderos para techarla. De esto hace ya mucho tiempo. El joven se fue muy lejos y como no tenía hacha regresó sin nada y el viejo se enojó mucho. Le dijo que él sí traería maderos. Se fue el viejo, llamó a Dios y con la ayuda de sus criados cortó muchos pinos y llevó mucha madera para los techos de la casa.

Palma: Antes de que el viejo amargo llegara a estas tierras, no había semillas y él las trajo y cogía muy buenas cosechas con sus dos criados: el nublado y el viento.

Indígenas (*en un ceremonial, a ritmo de tambores*): Por la lluvia, por el viento, por el agua, por el sol... Pido... Pido... Pido... Por la lluvia, por el viento, por el agua, por el sol... Bailo, bailo, bailo... Por el fuego, canto... Por el agua, bebo...

Pablo: ¿Y tú por qué estás aquí, en una pira, para ser cremado? Ve a que te entierren, como a esos que seguiste...

Palma: Estás hablando de los Pimas Altos del río Gila y ellos sí son enterrados. Además, yo soy Yuma y a los Yumas se nos crema...

Pablo: No a los traidores.

Palma: ¡Otra vez la burra al trigo!

Anza (*baja de su caballo, muy ceremoniosamente*): Antes que otra cosa, me presento, cual debe de ser de una persona bien nacida: soy Juan Bautista de Anza Bezerra Nieto, nacido en Fronteras, Sonora, en 1735. Dado mi carácter, me

llaman El Caballero de Anza. Me dicen capitán porque ese era mi nombramiento al fundar San Francisco, pero a consecuencia de ello fui nombrado Teniente Coronel y luego, siendo Gobernador de Nuevo México, Coronel, mismo título que ostentaba al momento de morir, en Arizpe, la Capital de las Provincias Internas de Occidente. Mis padres fueron españoles, vascos para ser más específico, de tal manera que tengo condición de criollo. Los apaches me arrebataron a mi padre cuando aún no cumplía mis cinco años. Lo recuerdo por lo que me contaba mi madre de él; ella me dijo que lo mataron buscando llegar a lo que ahora es Baja California por tierra. Quería probar, como ya lo había intentado el padre Eusebio Francisco Kino, que no es una isla, sino una península. Mi obra, sobre todo como conquistador, ha sido objeto de numerosos estudios en México y en California, Estados Unidos. Es que, modestia aparte, yo fundé esa ciudad. ¡Yo fundé esa ciudad!

Palma: Usted fundó esa ciudad con mi ayuda, capitán; no lo olvide.

Anza: Con su ayuda, Palma. Usted, como jefe de los Yumas me abrió camino para que llegara sin mayores problemas hasta la bahía de San Francisco. A cambio, lo llevé hasta la ciudad de México para que lo bautizaran y le regalé un hermoso traje enviado por el mismo virrey.

Palma: Sí, señor. Gracias a usted y a ese viaje pude comprender tantas cosas que ustedes ocultaban respecto de sus intenciones. Y ahora que veo el resultado de todo ello, no crea que me siento orgulloso.

Anza: Usted vea su tiempo, Palma. No puede responsabilizarse de lo que ha pasado después.

Palma: Pero... Mire usted, las reservas... Las reservas, Capitán.

Anza: Su tiempo, Palma.

Rivera: Liderzuelo! ¡Eso es lo que es usted, Palma!

Palma: Olleyquotequiebe, es mi nombre.

Rivera (*Ríe estruendosamente. Luego lanza un fuerte grito. Baja de su caballo*): ¡Yo participé en la fundación de la Ciudad de San Francisco! ¡Duélale a quien le duela, pésele a quien le pese, yo fundé la Ciudad de San Francisco! Perdón, me presento. Soy el Comandante Fernando Rivera y Moncada, nacido en Compostela, Nueva España, hijo de españoles, por lo que tengo condición de criollo. Anza tenía apenas nueve años cuando yo ya era militar. Fui amigo de los jesuitas y, a diferencia de otros que se decían amigos como alguien que se acaba de presentar muy ceremoniosamente, yo no participé en su expulsión. Yo no traicioné a mis amigos Jesuitas. Soy el Comandante Fernando Rivera y Moncada, Gobernador de California entre 1774 y 1777, fecha de su fundación. Por lo mismo, haya sido como haya sido, yo fundé la ciudad de San Francisco, California.

Benítez (*Entra, corriendo*): Lo siento, señores. El contingente que salimos de San Miguel de Horcasitas, Sonora, habiendo llegado algunos desde Sinaloa, e hicimos

una penosa travesía de cuatro meses hasta llegar a la bahía y luego fuimos abandonados a nuestra suerte, fundamos la Ciudad de San Francisco.

Anza: Muy bien, soldado Benítez. Aclaro: de que hayan sido abandonados a su suerte, no es mi responsabilidad en ningún sentido, ¿de acuerdo?

Benítez: Afirmativo, Capitán.

Anza: Volviendo al viaje: ¿quién dirigía la caravana? Usted estuvo en la primera expedición que hicimos con el objeto de ver posibilidades reales de fundar la ciudad de San Francisco. ¿No es así?

Benítez: Afirmativo, Capitán. Atravesamos el desierto de Sonora y casi morimos en el intento. Los indios guía alevosamente nos llevaron por el camino equivocado, sin agua y sin pasto. Llegamos a la Misión de San Diego a donde antes de eso sólo se había llegado por mar, en condiciones francamente desastrosas...

Anza: Eso es verdad, soldado Benítez. Atravesamos el desierto de Altar y a duras penas logramos sobrevivir. Y dígame usted: ¿quién dirigía la expedición?

Benítez: Usted, Capitán y Comandante Anza.

Anza: Y la segunda expedición por los ríos Gila y Colorado hasta adentrarnos en California, ¿quién la comandaba?

Benítez: Usted, mi Comandante Anza.

Anza: ¡Ahí tiene!

Rivera: ¡Momento, momento! ¿Quién ordenó que los llevaran de Monterrey, donde los dejó el Capitán Anza en la segunda expedición, a la bahía y les dio indicaciones precisas de dónde y cómo fundar la ciudad?

Benítez: Usted, señor comandante Rivera.

Rivera: ¡La bola se va, se va, se va....! ¡Y se fue! Home run!

Pedro: ¡Hey, hey, hey! ¡Momento! ¡Momento! No se me adelanten, no se adelanten... ¡Pa'tras los fielders! (*Continúa en lo suyo*) Los indios aquí en el río Colorado viven muy desordenadamente... ¡Muy desordenadamente...! ¡No saben de Dios! ¡No respetan las leyes de Dios ni de la Corona! (*Sale*)

Anza: Sólo para que quede claro desde un principio: ¿a quién asesinaron los gentiles, cuatro años después de esa famosa expedición, hartos de su mal trato y abusos?

Benítez: Mataron a...

Rivera: ¡Vámonos! ¡A jugar! ¡El último en llegar es marica! (*Sale corriendo. Benítez detrás*)

Pedro (*regresando*): Hablamos del siglo XVIII. Así se decía en aquel entonces en esta región. Después se decía: el último es llegar es puto. Ahora en pleno siglo XXI, ya no se dice nada; se lucha contra todo tipo de intolerancia y discriminación. Digo. Es un decir. ¡Es un decir!

Anza: Soy el Teniente Coronel Juan Bautista de Anza Bezerra Nieto, fundador de San Francisco, California, y mi razón de estar aquí es porque exijo que se me haga justicia.

Rivera (*regresando*): ¿Justicia? ¿Quiere justicia el señor? ¿Justicia por qué? ¿Justicia de qué? ¡Yo quiero justicia! ¡A mí me eliminaron de la historia, no a usted! ¡A mí, que además de San Francisco, fundé los presidios de San Diego y Monterrey e iba en camino a fundar Los Ángeles! ¡A mí, que morí injustamente luchando por mi reino! (*Como en una manifestación*) ¡Justicia, justicia, justicia!!

Pedro: ¡Orden! ¡Orden! (*saca una tarjeta amarilla a Rivera*) ¡Amonestado!

Rivera: Pero, ¿qué es esto? No mezcles las cosas, misionerito. En el beisbol no hay tarjetas. Se te expulsa y ya.

Pedro: Lo siento. Es que en aquel entonces aún no se inventaban esos divertimentos. Es fácil confundirse. Pero te advierto que te puedo expulsar, así como una vez te excomuniqué.

Rivera: ¡Ah! Primero me excomulgan y ahora me amonestan. No, no hay justicia para mí. Ustedes los franciscanos... (*Se va, discutiendo con Pedro*). A ver, pongámonos de acuerdo...

Pedro: No, no hay manera de acordar con gente como usted...

Rivera: ¿Y con Anza sí?

Pedro: Eso no es de su incumbencia.

Anza monta su caballo, Rivera regresa corriendo y hace lo propio. Regresan a sus miradas retadoras.

Palma: Somos muchas naciones, muchos grupos habitando el desierto. Enemigos y amigos por temporadas entre nosotros, incluidos los de aquel lado del río, los zuñi o apaches. Comerciamos entre nosotros, intercambiamos productos. Hacemos festividades juntos y de ven en vez peleamos.

Indígenas: Peleamos por lo nuestro, luchamos por lo nuestro... Lo nuestro es de todos los nuestros...

Pablo: Un día, los criados del viejo amargo desaparecieron para no volver. Entonces, los habitantes de la casa grande se fueron. Buscaban la tierra prometida; llevaban siglos viviendo aquí y allá creyendo que la habían encontrado. Abandonaron la Casa Grande con sus cuatro pisos, con sus grandes paredes y sus troncos traídos de muy lejos. Alrededor de la casa grande había muchas casas más pequeñas y grandes acequias que conducían agua para consumo y para riego. Nosotros todavía no existíamos. De esto hace mucho tiempo.

Indígenas: Solos, quedamos...

Sin viento, sin nubes...

Sin agua, quedamos...

¿Dónde están, viento y nublado?

Aquí estamos para ustedes...

Aquí la tierra sedienta

que espera ansiosa

su semen fecundo

para parir el fruto

El fruto tan de todos

El fruto de la vida...

¿Dónde están, viento y nublado?

Palma: No había pinos en veinte leguas a la redonda y ellos los trajeron, no se sabe cómo.

Anza 2: Leguas, dice. Una legua es una medida equivalente a cuatro kilómetros.

Rivera 2: ¡Cuánta sabiduría!

Anza 2: Gracias, de nada.

Pablo: Una vez que el viento y el nublado se fueron para no regresar, el viejo amargo se fue y tampoco ha regresado.

Palma: Habían fundado una gran ciudad y la abandonaron... No sé si haya sido como la gran Ciudad de México que yo conocí acompañando al Capitán Anza. Gran ciudad. Maravillosa ciudad.

Indígenas: ¡Oh, viento y nublado!

¡Oh, viento y nublado!

¡Oh, viento y nublado!

Pedro (*entrando*): Sus casas son unas chozas de palo alto, levantadas y cubiertas con tierra por el techo y lado, y en cada una viven veinte o treinta, como cochinos... No usan adobe ni la piedra, no conocen el ladrillo... ¡Anhelo que todos se salven, pero donde no hay quien escuche, de nada sirve echar palabras al viento! ¡Dios tenga piedad de ellos! (*Sale*)

Rivera: Un día aceptan el castigo impuesto, otro día se levantan en armas y acaban con todo. Obedecen, desobedecen... Se quedan, se van... ¿Quién los entiende? No, no son humanos... ¿Entiende, Capitán?

Benítez: ¡Yo soy uno de los fundadores de San Francisco! ¡Yo tracé sus calles! ¡Yo construí acequias para que el agua pasara cerca de sus casas!

Pablo: Te refieres a la ciudad que tú conociste. La del águila devorando una serpiente. La que se fundó en un lago.

Palma: A esa misma. La de los enormes edificios, más grandes y más altos que la casa de Montezuma, la del hombre amargo. Esa ciudad era más grande que la del hombre amargo; cuando llegaron los extranjeros con piel de acero, la destruyeron y sobre esa fundaron otra.

Pablo: Allá, los nuestros habían encontrado lo que buscaban, y aquí nosotros seguimos esperando al viejo amargo junto con sus criados, que sí nos visitan, pero muy a la larga y por muy corto tiempo, ocupados como están en esa gran ciudad.

Palma: Ellos encontraron su tierra prometida, pero igual esos hombres de barba y cuerpo de metal los dominaron con embustes y brujería.

Anza: Bla, bla, bla...

Rivera: Bla, bla, bla...

Pablo: Aparte de los que llegaron, el enemigo mayor estaba entre los suyos. Muy cerca de los suyos, casi hermanos. Esos los vencieron. Viejas rencillas los derrotaron.

Palma: Igual que entre nosotros, el enemigo estaba cerca. Esos los vencieron, y las enfermedades que trajeron con ellos los que llegaron. Las pestes esas, epidemias.

Pablo: Con nosotros no van a poder. Siglos tienen viniendo tratando de llevarse lo que esconden nuestras tierras.

Palma: Algo tiene nuestra tierra que les gusta, porque antes que ellos y después del hombre amargo, llegó el bebedor.

Pablo: Sí. El bebedor llegó y se enojó con la gente que habitaba la región y mandó mucha agua, tanta que toda la tierra se cubrió de agua. Murieron todos los seres vivos. Él se fue a una sierra muy alta acompañado de un perrito y un coyote. Luego juntó lodo y con él hizo algunos hombres, unos buenos y otros malos. Unos se instalaron río arriba, y otros, río abajo del Gila, nuestro río.

Indígenas: El bebedor...

Llegó el bebedor...

Bebe, bebe, el bebedor...

Tiene sed, el bebedor...

Bebe, bebe...

Mata, mata, el bebedor...

Pedro (*entra, corriendo*): ¡El diluvio! ¡No fue el bebedor, entiéndanlo! ¡Fue el gran diluvio ordenado por Dios! ¿Quién les platicó eso? ¿El padre Kino?

Palma: Nosotros no conocimos al misionero Jesuita Eusebio Francisco Kino, pero se dice que fue amigo de los nuestros. Lo que estamos contando sucedió hace mucho tiempo; entonces, no sabemos quién nos lo contó. Lo que sabemos es que así como lo contamos así fue, porque así nos lo contaron.

Pedro: ¡Y la casa grande que ustedes llaman de Montezuma la construyeron los hohokam, que habitaron esta región mucho antes que ustedes! ¡No hay tal hombre amargo! ¡El único que da vida y mueve al viento y trae nublados es Dios, nuestro señor Jesucristo!

Palma: Tal como lo contamos es como fue.

Anza: Palma...

Palma: Olleyquotequiebe... Ese es mi nombre.

Anza: Tu nombre cristiano será Palma... Salvador Palma.

Palma: ¿Y qué gano con eso?

Anza: La vida eterna.

Palma: ¿La vida eterna?

Anza: La aceptación del único Dios, creador del cielo y de la tierra...

Palma: ¿Y mis dioses? ¿Qué pasará con mis Dioses?

Anza: Renuncia a ellos.

Palma: Renunciar... Renunciar... Yo también me presentaré. No soy ni más ni menos que esos otros. Me llamo Olleyquotequiebe y soy líder de grupos Yumas que habitamos las márgenes del río Colorado, alrededor de 3000 personas. Lo acepto y lo reconozco: creí en su palabra, me ganaron con sus regalos; convencí a mi gente de que los recibieran con amabilidad.

Pablo: ¡Nos traicionaste! ¡Traicionaste a los tuyos! Aceptaste sus creencias, renunciando a las nuestras!

Palma: ¡Es mi turno! Ya llegará el tuyo. Como suele suceder, había gente bienintencionada, pero poco a poco fueron saliendo las largas uñas. Nos llamaban ladrones cuando lo que nosotros hacíamos era un intercambio; nos llamaban bárbaros por no creer en lo que ellos; nos llamaban promiscuos por tener un orden diferente al suyo. Entonces, un buen día...

Pablo: Un buen día...

Palma: Unimos fuerzas y acabamos con todos. No quedó ningún rastro de ellos alrededor del río Colorado, nuestro río.

Rivera (*desde su lugar, mientras Anza ríe*): ¡Protesto! ¡Protesto! ¡Moción de orden!

Pedro (*entra, corriendo*): ¡Momento! ¡Momento! ¡Eso va después, no se adelanten, caramba! (*Saliendo*) ¿Por qué nadie sigue instrucciones? ¡Dios!

Anza 2: Una cosa es ser migrante; otra, explorador... Otra, conquistador... A los que llegan hasta los ríos Gila y Colorado y más al norte, en California, les interesa colonizar...

Rivera 2: Les interesan las tierras de los nativos... Lo que esconden sus tierras... El color dorado...

Anza 2: ¿Por qué no? ¿No interesa lo mismo ahora? ¿Hemos cambiado en eso, acaso?

Rivera 2: No. Seguimos siendo la misma porquería.

Anza 2: En 1781, cuatro años después de aquella gran expedición encabezada por Juan Bautista de Anza, de quien descendiendo aunque sea de manera indirecta, los yumas se sublevaron y acabaron con conquistadores y misioneros. California, entonces, quedó incomunicada por más de 50 años.

Rivera 2: ¡Pero qué poca... sensibilidad! ¡Qué manera tan burda de narrar el cruel asesinato de mi ancestro!

Pedro (regresando): ¡Que todavía no digan eso!

Anza 2: Bien, bien... Yo no dije nada. Retrocedo. ¿Tú qué preferías ser? ¿Indio o vaquero?

Rivera 2: Les interesaba, además, su fuerza de trabajo. Pero aquellos, los llamados indígenas, llegaron primero; las tierras y todo lo que había en ellas, eran suyas. ¿Indio o vaquero?

Anza 2: Los unos escupen fuego de entre sus manos, los otros son hábiles con el arco. Yo siempre preferí ser vaquero. El vaquero era el bueno, el indio el malo.

Palma: ¡Mira, pues! ¡Ahora resulta!

Anza 2: Muchos años, muchos viajes, muchos intentos por conquistar... Al salir del cine, después de ver una película de vaqueros. En los juegos de niñez. Es que los indios invariablemente morían, eran los malos, los que preferían la barbarie a la civilización.

Palma: Bárbaros, pero respetuosos de la madre naturaleza, ¿eh?

Rivera 2: Yo en cambio prefería ser indio. Ponerme plumas en la cabeza, construir un gran arco con flechas de verdad y ¡pum! ¡Pum! Disparar de verdad a los vaqueros que traían pistolas de juguete.

Anza 2: ¿Aun cuando fueron los indios quienes asesinaron a tu pariente?

Rivera 2: Todo sea por llevarte la contraria.

Anza 2: Indios contra vaqueros, conquistadores contra indios, todos contra los indios.

Pedro: ¿Cuál es el delito del indio?

Anza 2: Ser indio.

Palma: Ser libre.

Rivera 2: Ser diferente.

Pedro: Ser él.

Anza 2: ¡Cuántas películas, cuántas novelas y cuentos, cuántas leyendas! Los indios maravillosos, los indios terribles. Condicionados desde siempre a entender las cosas en blanco y negro...

Rivera 2: Buenos contra malos, así se ha tratado de dividir a la humanidad.

Anza 2: Los buenos son los que cuentan la historia, los que ganaron, los que se impusieron al otro.

Pedro: ¿Y la policromía? ¿La gama de colores que somos, además de blanco y negro?

Rivera 2: ¿Y el intercambio? ¿Y la mezcla?

Anza 2: Acá en el noroeste los indígenas no temían a la mezcla de razas; era común que se mezclaran los diferentes grupos, incluyendo los apaches.

Pablo: Lo que no queríamos era que nos obligaran a creer en cosas que no nos importaban; lo que no queríamos era que nos obligaran a trabajar en las minas extrayendo metales que para nosotros nada significaban.

Rivera 2: Lo que no querían era hacer cosas diferentes a como siempre lo habían hecho y que no les producía placer.

Anza: Bla, bla, bla...

Rivera: Bla, bla, bla...

Anza 2: Lo que no toleraban era que se les engañara... Aceptaban al otro y al poco tiempo, éstos los obligaban a trabajar para ellos y a aceptar creencias que no eran suyas... Eso generó una guerra endémica, que iba y venía, y que duró más de trescientos años...

Rivera 2: ¿Se acabó? ¿Terminaron las diferencias? ¿Ya no hay más intentos por conquistar?

Anza 2: No, no se acabó. Supongo que nunca se acabará.

Rivera 2: Con todo y todo, los aborígenes aceptaron el trigo...

Anza 2: El trigo, y el algodón, y el tabaco. Y el melón y la sandía...

Anza (*desde su lugar*) Los abalorios... Aceptaron gustosos las baratijas que les traía por cientos como regalo... Yo, además, les daba semillas, pero me exigieron que les diera esas baratijas. La historia es una constante repetición.

Anza 2: Y les entregaron calabazas, maíz, tomate, chile, frijol... Y, sobre todo, oro. Un intercambio bastante desigual.

Rivera 2: Con todo, se aprendió de uno y otro lado. ¿Cómo se crece si no es a través de la interacción?

Pablo: Pero ellos, los que llegaron, querían otra cosa...

Rivera 2: ¿Qué cosa?

Pablo: Piensa mal y acertarás.

Anza 2: Los que venían traían consigo la civilización.

Pablo: ¿Qué es civilización?

Anza 2: Lo opuesto a la barbarie.

Pablo: ¿Qué es la barbarie?

Anza 2: Lo opuesto a la civilización.

Rivera (desde su caballo): ¡Ignorantes! ¡La civilización somos nosotros! ¡La barbarie son ellos! ¿Está claro?

Rivera 2: Cada quién es bárbaro del otro.

Anza (baja de su caballo y se activa como impulsado por resortes): ¡Gran expedición, Regina! ¡120 mulas cargadas de víveres, municiones de guerra, equipaje de todos y regalos en nombre de su majestad para los gentiles!

Anza reparte cuentas de vidrio entre las indígenas y tabaco entre los indígenas.

Anza: Regalo de su majestad.

Indígena: ¡Colores! ¡Bonitos!

Indígena: ¡Humo! ¡A echar humo!

Anza (*satisfecho*): Humo, sí. Bonitos colores, sí. Dejar huella es lo que importa, ¿no, madre?

Regina: Veinte mulas cargadas con tu equipaje, mi señor Comandante, y para tus comensales... Y regalos, ¡muchos regalos! (*Pausa*)

Anza reparte regalos enloquecidamente

Anza: ¡Regalos del rey para ustedes! ¡Regalos del rey a sus nuevos súbditos!

Indígena: ¿Súbditos?

Indígena: ¿Súbditos?

Regina: No quiero que vayas.

Anza: 450 caballos pertenecientes a la expedición y de algunos particulares, 117 soldados con sus mujeres y familiares, arrieros, familias de pobladores y

arrimados. Más de 300 personas en total. Es mi obligación ir, Regina; orden del Virrey.

Regina: Es orden del virrey porque tú se lo pediste.

Pedro:*(entrando y saliendo)*: A su lista habrá que agregar los que se integren en Túbac, que son como treinta, Capitán.

Regina: No olvides agregar a los que se integrarán en Túbac.

Anza: ¡No lo olvidaré!

Pedro *(igual)*: ¡Y no haga trampa! ¡Está poniendo más criados y soldados de los que van, para quedarse con su dinero!

Anza: Yo se lo pedí al virrey para concretar el sueño de mi padre, truncado por su asesinato a manos de los feroces apaches. Llevamos 325 reses para el consumo de camino, una por día, y lo sobrante para pie de ganado de la nueva población... Treinta reses de particulares...

Pedro (igual): ¡Fueron pocas las ocasiones en que pudimos disfrutar de una rica carne asada o un caldo de res! ¡Siempre nos daba lo mismo! ¡Chocolate por la mañana y frijoles con chile por la tarde! ¡Nos mataba de hambre! ¿A dónde quedaron las reses que se suponía iban y no fueron, sino en sus tierras y a su nombre, capitán?

Anza: Es nuestro tren de viaje, querida Regina. Nunca ha habido otro igual por estas tierras.

Regina: Impresionante, Juan, pero no por ello dejo de sentir miedo. Creo que, además de poblar California, lo que buscas es una alianza con los indígenas de la región para hacer un frente a los apaches.

Anza: Desde luego que también busco eso. Volveré, querida. Volveré triunfante. Pasaré a la historia como un gran colonizador. ¡En todo el mundo se hablará de mi hazaña! (*monta su caballo y toma pose de triunfador*)

Pedro: ¡Es lo que le importa! ¡Dinero y fama! ¡Fama y dinero!

Regina: A mí lo que me interesa es tu vida a mi lado. No me interesa otra cosa. Dinero tengo, la dicha a tu lado es lo que deseo. Lo que yo pienso es que buscas vengar a tu padre. No has podido con sus asesinos, los apaches, entonces te lanzas contra los mansos.

Anza: No voy contra ellos. Ellos saben que soy su aliado. En unos cuantos meses regresaré cubierto de gloria y ya no nos separaremos, Regina.

Pedro: ¡Y las mediciones del terreno las hice yo! ¡Yo, no usted! ¡A pesar de que constantemente me negaba el astrolabio, yo lo hice!

Anza: Yo tengo tierras y minas, entre otras propiedades. No es por dinero, ya te lo dije. Regresaré para hacerte feliz.

Regina: Así sea.

Pablo: Al cabo de un tiempo, el bebedor envió a unos hombres de los suyos a ver si los hombres del río arriba hablaban, y dijeron que sí hablaban pero que no les habían entendido. Envío a otros hombres río abajo y dijeron que sí hablaban y que aunque su lengua era distinta sí les habían entendido.

Pedro (*entrando*): ¡Es leyenda! ¡Leyenda!

Palma: Entonces el hombre bebedor les dijo que los hombres del río abajo eran los buenos y los del río arriba, que resultaron ser los apaches, los malos.

Pablo: El bebedor era muy enojón y un día no le gustó el comportamiento de algunos hombres y los convirtió en saguaros, por ello esos cactus tienen forma

humana. Luego hizo bajar al sol hasta casi quemar la región. Entonces los hombres le suplicaron que no los quemara y el bebedor les dijo que no lo haría y mandó subir el sol, pero no tanto como estaba antes.

Palma: Les dijo que lo dejaba más bajo para mandarlos quemar si otra vez lo hacían enojar. Desde entonces en esta región hace mucho calor y mucho frío. Y la gente se cuida mucho de hacer enojar al bebedor, porque cumple sus promesas.

Pedro: El que ustedes llaman el bebedor no es otro sino nuestro Dios. Le llaman bebedor porque vieron a algún sacerdote beber vino durante el sacramento, pero no es otro sino nuestro señor Jesucristo.

Palma: Es nuestra tierra y es nuestra historia.

Pablo: Es nuestra tierra, la tierra de nuestros muertos.

Pedro: Seguramente cuando llegaron los apaches a la región, desplazados por los sioux y los comanches que a su vez eran desplazados por los ingleses, los hohokam huyeron de estas tierras, Por eso se fueron. O tal vez, simplemente crecieron tanto como pueblo que los productos que cosechaban de estas tierras ya no les fueron suficientes y se fueron en busca de mejores oportunidades. ¡Oh! Me agota andar a una y otra parte haciendo aclaraciones.

Palma: Es nuestra tierra. Los que aquí vivimos somos iguales a todos los demás pueblos; por lo tanto, somos diferentes. Si lo nuestro es leyenda, ¿qué es lo de ustedes? Eso de la cruz y de un solo Dios creador de todas las cosas...

Pedro: ¡Dios es Dios! ¡Nuestro Dios es Dios porque murió en la cruz por todos nosotros!

Pablo: Por nosotros, no.

Pedro: ¡Ayúdame, Dios mío! ¡Ayúdame! (*sale*)

Pablo: Nosotros sabemos aprender del otro, y no tenemos problemas con que el otro aprenda de nosotros. Porque nosotros sabemos.

Palma: Es nuestra tierra.

Pablo: Nuestra, no tuya, traidor.

Palma: Los apoyé buscando el bien de todos. Habían venido unos violentos, es verdad, pero también vinieron Kino y otros, que fueron amigos de los nuestros. Las decisiones las tomé buscando el bien de todos. Llegaron y dijeron que tenían buenas intenciones. Yo les creí y en un principio así fue. No me llames traidor, porque no lo soy. La historia me juzgará y saldré bien librado de toda culpa. Han llegado muchos y se han ido. Y siguen llegando. Buscan oro, unas ciudades de oro, dicen. Vienen como conejos, pero ahora todos sabemos que son coyotes que esconden sus negras intenciones en hábitos y con regalos que para nada sirven.

Pedro (*entra corriendo. Se detiene*): ¿Son humanos? Los gentiles, ¿son humanos? Sin fe, es imposible agradar a Dios. Y sus costumbres son pecaminosas... Los hombres tienen varias mujeres, las mujeres pueden tener mujeres; hay hombres a los que se les dice mariquitas, que sirven a los jóvenes que aún no tienen mujer... ¡Impíos! ¡Mariquitas! ¡Como María! ¡Supieron de María, la madre virgen, y llamaron marica a los sodomitas! ¡Si son hombres! ¡Qué gran ofensa para nuestra madre Reyna!

Rivera: ¡Muerte a todos los gentiles! ¡Estorban! ¡Obstruyen al establecimiento del reino de Dios en todo el mundo! ¡Dios quiere que los españoles descarguen su furia sobre los indios de América en aras de la evangelización!

Pedro: El indio expresa el demonio en cada una de sus costumbres: comida, ropa, sexualidad, música. Viven de acuerdo a una manifestación del diablo.

Anza 2: Querían enseñarles a amar a su Dios.

Pablo: Ja, ja.

Rivera 2: Querían enseñarles a vivir mejor.

Pablo: Ja.

Pedro: Pero aquellos, los otros, los que siempre han vivido allí, no necesitan de aquello que desconocen. Es ahora que lo entiendo.

Pablo: Ahora. ¿Ya para qué?

Anza 2: Los que llegaron, ¿querían eso? ¿Les importaban los habitantes de esos lugares? Yo digo que sí.

Rivera 2: Los que llegaron, incluidos tu pariente Anza y mi pariente Rivera, buscaban riqueza y poder.

Narrador 2: Los que llegan no desean integrar, sino conquistar, absorber. Los que llegan buscan poder.

Rivera (*entra corriendo*): ¡Hey! ¡Ustedes! ¡Los de tiempo posterior al nuestro! No se olviden de mí. Soy el Comandante Fernando Rivera y Moncada, y yo, además de conquistar para la Corona la Baja California y fundar los Presidios de San Diego y Monterrey, fundé la Ciudad de San Francisco, California.

Pedro (*Tras él*): ¿Por qué ese afán de mentir? Usted, como responsable de las fuerzas militares en California, nos boicoteó cuanto pudo; nos ocultó información, nos negó a sus soldados y sus bestias, desvió nuestro camino muchas veces... ¿Todo para qué? ¿Para llevarse usted la gloria? ¿Ese era su objetivo?

Rivera: ¡A mí me correspondía ese honor! ¡A mí, que era el Gobernador de California, no a un advenedizo como Anza! ¡Yo entregué mi vida por esas tierras, no él!

Pedro: Usted fue excomulgado por haber profanado la Iglesia de san Diego. Usted irá directo al infierno.

Rivera: ¿Iglesia? ¿Llama Iglesia a esa ramada de palos y ramas? Hube de entrar porque allí se escondía el líder de una sublevación. Era mi deber.

Pedro: Una Iglesia, sea como sea, es sagrada y quien se refugie en ella puede sentirse a salvo, usted bien que lo sabe.

Rivera: Ya me arrepentí una y otra vez de haber profanado eso que ustedes llaman iglesia...

Pedro: Cuando su arrepentimiento sea sincero, le devolveremos el derecho a ir al paraíso.

Rivera: ¡Quiero justicia! ¡Que me reconozcan como fundador de la ciudad de San Francisco y que me eliminen la excomulgación de la que ilegalmente me hicieron objeto!

Rivera se monta sobre un caballo, Anza hace lo propio. Se observan, retadores.

Anza (*luego de una larga pausa*): ¿Recibió la carta del señor Virrey donde le pide que me auxilie con lo necesario para llegar a la bahía donde se fundará San Francisco?

Rivera (*luego de una pausa aún más larga*): Me llegó.

Anza: Necesito caballos y soldados.

Rivera: Los soldados están ocupados persiguiendo a unos indios que atacaron San Diego. Y no vaya usted a pensar que fueron a pie.

Anza: ¿Cuándo volverán?

Rivera: Eso sólo Dios lo sabe.

Anza: Esperaré.

Rivera: Como usted disponga.

Anza 2: Dios, el Dios de los que llegan, es un instrumento de control.

Rivera 2: Dios debe imponerse al demonio que habita en cada americano, dicen.

Pablo: Dios gobierna en cada rincón de la tierra, dicen.

Palma: Que es nuestro Dios, dicen.

Pablo: ¿Y los nuestros? ¿Y nuestros Dioses, nuestras creencias, nuestro mundo?

Rivera 2: Eso es hechicería y se puede aplicar la ley se la Santa Inquisición contra ustedes.

Palma: ¡Oh! ¡La Santa Inquisición!

Rivera 2: ¡La Santa Inquisición!

Anza sobre su caballo, no deja de observar a Rivera, quien hace lo propio

Pedro: Capitán, no hay agua para nosotros, ni pasto para las bestias y los gentiles merodean por todos lados tratando de asustarnos. De noche no nos dejan dormir con sus gritos y bailes obscenos.

Anza: Pregunte a Rivera que cuándo nos va a proporcionar caballos y soldados

Pedro se dirige a donde se encuentra Rivera sobre su caballo

Rivera: Dígale que cuando se pueda.

Pedro va hacia Anza

Anza: Dígale que esperaremos.

Pedro se dirige a donde se encuentra Rivera y a medio camino desiste

Pedro: ¡Bah!

Viajero (*en sombra, al fondo*): ¡A la riqueza! ¡A la conquista! ¡Vamos!

Viajera: ¡Frío! ¡Calor! ¡Nativos! ¡Infierno!

Viajero: ¡Oro! ¡Oro!

Viajera: ¡Oro!

Pedro: La gente se queja, capitán.

Anza: ¿Usted venía a algún viaje de placer? Porque yo no.

Pedro: ¿Por qué no fuimos por mar como han hecho otros?

Anza: Porque necesito demostrar que Baja California no es una isla; que está unida por tierra al resto de la Nueva España. Es una península como pensaba Kino, y no una isla, como dicen los demás. De esa forma demostraremos que California es parte de nuestro territorio y no deben meterse otras naciones.

Pedro: Bueno, pero a la gente que va a poblar San Francisco se le pudo haber enviado por mar y evitarle estos sufrimientos.

Viajero: A lo que vinimos, a hacernos ricos. Fundaremos una ciudad. Una ciudad que será toda nuestra.

Viajera: ¿Y nunca regresaremos?

Anza: ¿Usted hubiera preferido ir por mar?

Pedro: Mi misión en este viaje es muy precisa y debe de ser por tierra para medirlas, elaborar un mapa y tratar de cristianizar a tantos gentiles olvidados de la mano de Dios.

Anza: Y tocar el salterio...

Pedro: Y tocar el salterio... Alegrar un poco este viaje tan largo y cansado...

Viajero: ¿A qué quieres regresar? Vamos a ser dueños de toda nuestra ciudad. Impondremos nuestras leyes y costumbres.

Viajera: ¿Y los indios?

Viajero: Los que se integren y acepten nuestras reglas, bienvenidos. Serán nuestros sirvientes. A los que no acepten, les haremos la guerra hasta desaparecerlos.

Anza: La gente que viene debe saber que existe un camino para regresar en caso de que así lo decida. Por eso los traemos por tierra. Y para que conozcan a los gentiles y sepan tomar decisiones. Entiendo que ellos tengan miedo, pero ¿usted Fray Pedro, también tiene?

Pedro: Yo no temo a la muerte, pues sé que Dios me recibirá en su seno para la dicha eterna, pero, ¿tenemos que arriesgar a todos estos inocentes que van a

tierra de nadie a enfrentar todo tipo de adversidades sin una real expectativa de lograrlo?

Anza: Usted dé misa, cante y toque el salterio. La toma de decisiones déjeme la a mí.

Pedro: Y he de mapear el territorio, no lo olvide.

Pablo: Cuando llegaron ellos, los escupe fuego, ya todos nosotros estábamos aquí desde mucho tiempo atrás. Venían de a poquitos; hablaban, cargaban una cruz. Hablaban una lengua extraña, vestían distinto. Nos trajeron trigo, algodón y adornos de colores. Nosotros les dábamos calabazas, maíz, tomate, chile, frijol... Nunca han entendido que pintar nuestro rostro y cuerpo de colores tiene significados rituales muy profundos. Nos traían baratijas para que aceptáramos a su Dios. Venían, se iban. Venían, se iban.

Palma: Nosotros a todos los recibíamos. Si venían en son de paz, igual los tratábamos... Aprendíamos de ellos, aprendían de nosotros. Pero si nos hacían la guerra, con guerra les contestábamos... Éstos venían en son de paz. Les abrimos nuestra casa, nuestro corazón. Les ofrecimos nuestra cultura, nuestras danzas, nuestros alimentos...

Pablo: ¿Y luego? Año de 1776

Palma: 1776. Nos habían permitido ver sus caballos.

Pablo: Desde entonces buscan lo mismo: nuestro oro, nuestras tierras. Preguntan y preguntas por las ciudades de oro.

Palma: Nosotros, los nativos, no importamos.

Pablo: Eso no es lo que decías, cuando andabas con ellos, ayudándoles en todo, abriéndoles puertas.

Palma: Eso es lo que creí. Hablaban bonito. Me gusta aprender cosas nuevas, diferentes. Es mi naturaleza, como la de tantos. Pero luego dijeron que somos animales, que porque no somos como ellos.

Pablo: Que no somos humanos porque no conocemos de su Dios, ese que está representado en una cruz.

Palma: Primero, que somos maravillosos; luego, cercanos a lo animal, que no entendemos; luego, ladrones. Que no nos interese su mundo no quiere decir que no entendamos.

Pablo: Luego nos llamaron inmorales, promiscuos, aficionados a las drogas. Inmorales... ¡Bah!

Palma: Sólo somos parte del paisaje.

Pablo: ¿Y el traje colorido que te regalaron? ¿Lo conservas?

Palma: Con el traje bonito fui hasta México a conocer al Virrey.

Pablo: ¿Y lograste algo? Digo, a algo has de haber ido.

Palma: Iba a pedir que nos dejaran en paz.

Pablo: ¿Y?

Palma: Mucho lujo, muchos edificios más grandes que la casa grande que hizo el señor amargo en el río Gila... Me bautizaron. Me dijeron que renunciara a Satanás.

Pablo: ¿Quién es Satanás?

Palma: Dijeron que todo lo que representaba al mal.

Pablo: ¿Qué es el mal?

Palma: ¿Y yo qué sé? ¡Qué pregunta! Allá, entre tanto lujo y tanto exceso, vi cómo trataban a los nuestros...

Pablo: Inocente...

Palma: Creí, pues... Aquí llegan amables, amorosos, compartiendo, y luego... ¡Látigo! ¡Cepo! ¡Muerte! (*pausa*) Estos que llegaron ahora son franciscanos...

Pablo: ¿Y los Jesuitas?

Palma: Los corrieron. A todos. Se enojaron con ellos y los corrieron por órdenes de los superiores de los de la gran ciudad que viven muy lejos cruzando un grande mar. Ahora enviaron a los franciscanos.

Pablo: ¿Y cuál es la diferencia?

Palma: ¿Para nosotros? Ninguna. Igual vienen con soldados que escupen lumbre...

Pablo: Igual nos azotarán cuando ellos consideren que algo hicimos mal...

Palma: Igual nos quieren correr de aquí para quedarse con nuestra tierra...

Quieren obligarnos a trabajarlas para ellos...

Pablo: Quedarse con nuestras tierras... Con nuestros muertos...

Palma: ¿Le temes al fuego de sus armas? Para cuando ellos tiran una vez, nosotros ya tiramos 25 flechas.

Pablo: El estruendo asusta a nuestra gente, pero somos muchos más que ellos.

Palma: Les llevamos una ventaja: no le tememos a la muerte. Cuando se muere peleando, nuestros espíritus encuentran pronta paz.

Pablo: Aquel que cuenta las historias gobierna el mundo.

Palma: Ellos la están contando.

Pablo: Contémosla nosotros.

Palma: ¿Quién nos escuchará?

Pedro: ¿No teme usted que los nativos nos ataquen?

Anza: Eso no se pone en duda. Tendremos que estar alertas, siempre. A ver: si alguien fuera a su tierra a desplazarlo, ¿no se defendería?

Pedro: Absolutamente. Hasta con las uñas defendería lo mío.

Anza: Es lo que estamos haciendo con ellos. Yo he peleado contra los seris y contra los apaches y luchan con todo para salvar su territorio y sus creencias. No crea que aquí será diferente.

Pedro: Pero les traemos la palabra de Dios para que no se vayan al infierno.

Anza: Para ellos el infierno no existe. Antes de nosotros, vino el Padre Kino y antes de él otros. Desde que se dijo de las siete ciudades de oro no han dejado de venir. ¡Siete ciudades de oro! ¿Qué planta venenosa habrán ingerido? Pero, bueno, vienen y les han hecho promesas que no se han cumplido. Todos. Les prometemos una vida mejor en el abrigo de nuestra Iglesia y lo que hacemos es ponerlos a trabajar a nuestro servicio. Lo que hacemos es desplazarlos y quitarles lo suyo.

Pedro: Yo no vengo por eso. Vengo a catequizar. Vengo a ayudar a estos gentiles a olvidarse de sus costumbres bestiales sacándoles el maligno, que de seguro se ha apoderado de ellos. Usted fue amigo de los jesuitas. ¿Es por eso que no nos quiere?

Anza: Yo participé activamente en la expulsión de los jesuitas. Eso me ordenaron, eso hice. Y sí, tanto mi padre como yo fuimos sus amigos y ahora yo soy amigo de ustedes. ¿A qué viene usted? Yo vengo a fundar una ciudad que frene las intenciones de rusos e ingleses de aposentarse en estas tierras. Sigo instrucciones del Virrey. Traigo gente, familias enteras, ganado, semillas, despensa para varios meses...

Pedro: Trae armas, espadas, látigos y cepos.

Anza: Los traigo. Y usted también debe traerlos. No se sabe en qué momento vamos a ser atacados. Ya llegué a California por tierra atravesando el desierto. Ahora lo haré a la vera de los ríos. California no es una isla, Fray Pedro. Gracias a nosotros es que se sabe. Y debe usted saber que hay alguien más peligroso que los gentiles. Es uno de los nuestros.

Pedro: El comandante de las californias Don Fernando Ribera y Moncada.

Anza: Allí se concentra el veneno.

Benítez (*integrándose*): Capitán, los indios de estas tierras del río Colorado, andan desnudos.

Anza: Es su cultura.

Benítez: No queremos que nuestras mujeres los vean.

Anza: ¿Qué quiere usted que yo haga? Es su cultura.

Benítez: Son... lujuriosos... Libertinos. No siguen los preceptos de Dios.

Anza: ¿Cómo quiere que se lo explique? Ellos son ellos, nosotros somos nosotros. Superiores, inferiores.

Pedro: Los enseñaremos a seguir nuestra cultura, que es la que marca nuestro Dios, Benítez.

Benítez: Gracias, Fray Pedro.

Pedro: Y si ustedes no quieren que sus mujeres se metan con los nativos, ¿no cree que sería justo que ustedes tampoco lo hicieran con las suyas?

Benítez: Nosotros somos hombres. (*Se va*).

Pedro: ¡Gran respuesta! Volviendo a los indios gentiles...

Anza: ¿Sí?

Pedro: Lo que he observado es que no son sumisos.

Anza: No lo son. Tienen su propia cosmogonía. Están orgullosos de su forma de vida. ¿Ha observado que no le temen a la muerte?

Pedro: Lo he observado y no lo entiendo. La vida aquí es pasajera; allá es eterna.

Anza: Lo que no se conoce no es importante.

Pablo lleva consigo a una adolescente y la cubre con arena, mientras emite monosílabos con voz profunda. Palma colabora. Indígenas tocan un tambor y bailan monótona y rítmicamente

Anza 2: La gran justificación al ataque constante: Dios quiso que los españoles descargaran su furia sobre los indios de América en aras de la evangelización, la conversión. Y sí, ellos cuentan su historia, pero su cuento no llega al otro.

Rivera 2: Gran justificación: el indio expresa el demonio en cada una de sus costumbres: comida, ropa, sexualidad, música. Los indios del noroeste vivían de acuerdo a una manifestación del diablo, decían. Ellos cuentan, pero su cuento se pierde entre los cuentos del otro.

Palma: Ni bien ni mal, ni justo ni injusto. Sólo pedimos respeto a nuestro mundo. Que sea diferente al suyo, no significa que no sea habitable.

Continúan con lo suyo, en segundo plano

Anza como en un sueño

Anza: Se lo prometí a mi madre en su lecho de muerte.

Regina: ¿No vale más tu vida que una promesa?

Anza: Sin cumplir esa promesa mi vida no vale un centavo.

Regina: ¿Y yo no te importo? ¿Mi amor y mi respeto hacia ti no importan?

Anza: Para poder verte a los ojos y ser merecedor de ese amor y ese respeto, necesito ir. Mi padre no pudo con la encomienda; los apaches enemigos truncaron su sueño. Yo no fallaré: Por él y por mi madre y por mi Rey, no fallaré.

Regina: No hay nada que pueda hacer para impedirlo...

Anza: Esperar... Sólo esperar... Y rezar...

Regina: Rezaré. Rezaré por ti y por ellos... ¿Qué tan peligroso es? ¿Son salvajes?

Anza: Muchos de ellos andan desnudos; aunque tienen parcelas particulares, trabajan en conjunto, se ayudan unos a otros. Tienen una organización, primitiva, pero les funciona. Son polígamos...

Regina: Son salvajes.

Anza: Diferentes...

Regina: No tienes que ir... No quiero que vayas... ¿Qué comen? ¿Dónde viven?

Anza: Comen frutos silvestres, siembran maíz, frijol, calabaza, sandía... Son excelentes cazadores. Construyen unas chozas de tronco y ramas de los árboles de la región. Cuando hace mucho frío se entierran en la arena o hacen grandes fogatas. Sus ceremonias son muy impresionantes... Muy fuertes... Mucho grito y danza... Mucho alcohol y sexo...

Pedro: El capitán está delirando...

Anza: Regina, esa gente nos necesita.

Regina: ¿Voy a creerte, Juan, que en verdad te interesan los indios? ¿A ti que los has combatido siempre?

Anza: ¡Regina!

Regina: Importa dominarlos, desplazarlos, quitarles sus tierras, esclavizarlos... ¿Me equivoco, Juan?

Anza: ¡Ah, Regina! ¿Es eso lo que piensas de mí?

Pedro: El capitán tiene miedos... Es humano...

Regina: Lo que te interesa es el poder...

Anza: ¡Sí! ¡Sí quiero el poder y la gloria! ¡Sí quiero mi nombre en la historia! ¡Sí! Pero también vamos a cristianizarlos, bautizarlos para que al morir tengan acceso al paraíso eterno. ¡Soy un Caballero! ¡El Caballero de Anza! Y sí, nos interesan sus tierras. ¡Nos interesa su oro y su plata que aquí hay mucho! ¡Nos interesa que trabajen para nosotros!

Pedro: ¡Eso! ¡Eso! ¡Que se sepa! ¡Que se conozcan sus verdaderas intenciones!

Anza: Son instrucciones del Virrey, Regina. Y no voy a despojarlos de nada. Bueno... Tendrán que aceptar nuestras condiciones...

Regina: Son instrucciones del Virrey porque tú se lo pediste. Tienes dinero, Juan. Tienes grandes extensiones de tierra. Tienes minas productivas. Yo también tengo dinero y mi dinero es tuyo. ¿Qué buscas, qué quieres?

Anza: Ya te lo dije. Se lo prometí a mi madre en su lecho de muerte. Podemos perder esas tierras. Los rusos y los ingleses ya les echaron el ojo y piensan colonizarlas. Fundando una ciudad en esa bahía, sabrán que no pueden, que son nuestras.

Regina: ¿Es ese el motivo? ¿Para qué quieren estas tierras, si ya tienen tantas? No te quiero perder.

Anza: Ya hablé con los diferentes grupos indígenas de la región y nos van a permitir el paso.

Regina: ¿Puedes confiar en ellos?

Anza: ¡No metas más dudas y miedos en mi cabeza, Regina!

Regina: ¿Y los apaches? ¿También hablaste con ellos? Ellos mataron a tu padre. ¿Lo olvidaste? En varias ocasiones te han atacado a ti y te has salvado de milagro...

Anza: No nos preocupemos por ellos; no pasaremos por su territorio que se localiza más allá del río Gila. Saldremos adelante, Regina, y te prometo que no lastimaré a los indígenas de la región.

Regina: Y el Comandante Rivera y Moncada? ¿Te va a permitir Rivera que seas tú quien se lleve la gloria de fundar esa ciudad cuando él es el comandante de la California?

Anza: Rivera... ¡Rivera y Moncada! ¡Él es el enemigo! ¡No los apaches, no los gentiles!

Regina: ¡No vayas, entonces! ¡Que lo intente él! ¡Que lo asesinen a él!

Pedro: Usted ha caído en su juego, capitán. ¡Él es mucho más experimentado que usted! ¿Le molesta que lo haga ver como un principiante?

Anza (*se monta en su caballo*): ¡Volveré triunfante, Regina! ¡Te llenaré de riquezas! ¡Vivirás en México como una reina! Serás como tu nombre: reina. ¡Te lo prometo!

Regina: ¿Me lo prometes con la misma convicción con que lo hiciste a tu madre y a tu padre?

Anza: De la misma manera.

Regina: Ve, entonces. Funda esa ciudad.

Anza: Fundaré la ciudad de San Francisco, demostraré que California no es una isla como se cree, trazaré un camino por tierra. El virrey me reconocerá. La historia me reconocerá.

Pedro: ¡Capitán! ¡Ah, Capitán!

Anza: Seré famoso. ¡Famoso y rico!

Pedro: Vámonos de regreso, Capitán. Rivera y Moncada nos pondrá todos los obstáculos posible para impedir que llevemos a nuestra gente a la bahía.

Anza: ¡Lo lograré! ¡California es de México! ¡No es de los rusos! ¡No es de los ingleses! ¡Yo fundaré esa ciudad que detendrá su flujo!

Pedro: Bendito sueño...

Vuelve a primer plano la escena de la adolescente cubierta de arena y los cantos monótonos de Pablo. Pedro se dirige hacia allá

Palma: Esto somos, Fray Pedro. Mire: cuando a una de nuestras mujeres le viene su primer mes, calentamos arena y la enterramos allí dejando por fuera sólo su cabeza. Nuestras mujeres le bailan cada noche durante cuatro noches. Durante esos días la mujer no come ni bebe; se está purificando. Pasados esos cuatro días, le embarramos el pelo con lodo que preparamos con hierbas especiales por otros cuatro días; entonces sí le damos de comer, pero sin sal. ¿Por qué? Para que su cuerpo se purifique. Otros cuatro días la embarramos con zoquete que nosotros curamos con hierbas especiales y entonces ya puede comer. Entonces la tomamos y la aventamos al aire tres veces y la tomamos antes de caer. A la cuarta vez, la dejamos caer al suelo. *(Entre varios indígenas y Pablo, lo hacen)* Tomarla en brazos significa que la protegeremos y dejarla caer significa que ya está lista para enfrentar la vida con todo y sus consecuencias, que ustedes llaman dolores. Entonces, ya es mujer; ya puede tener marido.

Pablo, el hechicero juega con fuego, con serpientes. Desaparece y vuelve a aparecer.

Pablo: Básteles saber que tenemos una organización acorde a nuestros sueños. Básteles saber que sabemos de sueños. Sabemos de agricultura, sabemos proveernos de lo necesario para vivir; sabemos honrar a nuestros hermanos, los vivos y los muertos. *(Baila y hace magia):* ¿A qué vienes tú? ¿Me crees menos? ¿Crees acaso que por el solo hecho de venir de tierras lejanas eres superior a nosotros? Esta es nuestra tierra; este es nuestro mundo y no lo queremos compartir con tu mundo; no nos interesa tu mundo. Nosotros también viajamos,

nosotros sabemos interactuar con otros grupos, muchos de ellos distantes centenas de lunas...

Palma (*A Pedro*): Nos engañaste. Nos hablaste de un Dios, nos prometiste un mundo mejor. Yo te seguí, creí en ti y nos esclavizaste. Nos dijiste ladrones cuando lo que hacíamos con ustedes era un intercambio de acuerdo a nuestras costumbres; nos dijiste promiscuos porque ejercemos libremente nuestra sexualidad cuando ustedes la ocultan entre mentiras. No, nunca nos entendiste... Nunca.

Pedro: Yo siempre los defendí, pero esos, los de la espada y el arma que escupe fuego, pasaron por encima de nosotros y han abusado de ustedes.

Pablo: ¿Por orden de quién?

Pedro: De la Corona.

Pablo: No entendiste que a nosotros nos importa todo aquello que nos haga felices y nosotros no entendemos por qué ustedes buscan el dolor. Y tú, ¿por orden de quién vienes?

Pedro: De Dios.

Palma: Tú has dicho que tu Dios no está en este mundo, sino en el otro, el de después de la muerte. En esta tierra obedeces a alguien.

Pedro: A la Corona.

Pablo: Y a la Corona le interesa una cosa: despojarnos, esclavizarnos.

Pedro: Hacerlos hijos de Dios; darles acceso al paraíso en la vida eterna. Yo, a eso vengo. Es lo que me interesa, es mi prioridad.

Pablo: Tenemos nuestros dioses y los amamos mientras nos sirven...

Pedro: Nada que no tenga que ver con Jesucristo, nuestro Dios, puede ser considerado válido. Queremos salvar sus almas para que al morir no vayan al infierno.

Pablo: Nuestros muertos aquí se quedan; los quemamos hasta reducirlos a cenizas. También quemamos sus propiedades, quebramos las ollas que usaban, dejamos sus labores aunque tengan fruto. Ellos, a su tiempo, vienen por sus cosas.

Pedro: ¿Y la otra vida? ¿Qué será de sus almas en la otra vida?

Pablo: Nuestras almas ya tienen trazado su camino y no existe el infierno que dices. Al cremar sus cuerpos, su espíritu vuela y se instala en la persona o animal que desee y así se perpetúa.

Pedro: Eso es hechicería. Herejía. Yo les traigo la palabra del Dios verdadero.

Palma: Se olvidaron de nosotros. Durante cincuenta años se olvidaron de nosotros y llegaron esos otros que nos metieron en reservas.

Pablo: ¡En reservaciones! ¡Nos metieron en reservaciones y nos tuvieron como animales extraños!

Pedro: Muchas cosas cambiaron en esos cincuenta años. Anza y yo morimos, México se independizó de España luego de una larguísima lucha de once años. En esos cincuenta años cambió el orden de las cosas.

Palma: ¿Y las promesas?

Pedro: Lo siento. Lo siento mucho. Yo no pude, nosotros no pudimos.

Pablo: ¡Nuestros grandes guerreros dando demostraciones de sus actividades en un circo! ¡En un circo!

Palma: Terminó la ceremonia, Pedro.

La adolescente agradece a los cuatro puntos cardinales, mientras los indígenas tocan sus tambores, cantan y danzan

Anza 2: La realidad indica que mientras el mundo ritualístico, cultural, costumbrista, chamánico, de los nativos americanos no fuera alterado, los indios recibían con agrado al fuereño. ¡Strike!

Rivera 2: El objetivo de toda la producción discursiva europea no será jamás el de conocer las otras experiencias humanas históricas, sino más bien el de aniquilarlas lo más rápida y radicalmente posible. Punto. ¡Strike!

Anza 2: ¿Y el objetivo de los ingleses?

Rivera 2: Y el de los portugueses y los rusos y los franceses...

Anza 2: Civilizar: proceso de contención y control de los instintos naturales y los afectos del ser humano. Esto se convirtió en norma después de la edad media. Es lo que distingue al hombre moderno del premoderno. Se le llama proceso de civilización. Se requiere de un hombre cada vez más pacífico y disciplinario que controle sus afectos mejor que sus antepasados, dicen. ¡Strike! ¡Ponche!

Rivera 2: Acabaron con la barbarie. ¿Lograron el objetivo de un hombre cada vez más pacífico y disciplinado?

Anza 2: Yo tengo la razón. Si no me obedeces, te hago la guerra.

Todos en su ataúd, con excepción de Palma y Pablo, que regresan a sus piras de leña

Pedro: A mí no me interesa pasar o no a la historia... Lo que hice lo hice buscando que el alma de los gentiles pudiera entrar al paraíso.

Rivera: A mí sí me interesa, por eso luché; por ello entregué mi vida. Yo fui quien en verdad fundó la ciudad.

Anza: ¿Por instrucciones de quién?

Palma: Yo tampoco pasé a la historia y no es algo que me importe. Pero que no se les olvide que fui yo quien les despejó todo el camino para que pudieran llegar. Ahora, no me gusta cómo terminamos...

Rivera: Tú cállate. Traidor. Ave de mal agüero.

Pablo: Traidor, es lo que eres.

Palma: ¡Hey! ¡Sin hacer montón! De uno en uno.

Anza: A pesar de todo, a pesar de usted, comandante Rivera y Moncada, yo sí formo parte de los libros de historia. ¡Yo sí formo parte de los libros de historia!

Rivera: ¿Y qué con eso?

Anza: Usted puso miles de obstáculos para que no llevara a mi gente hasta allá. Con el pretexto de ir en busca de unos gentiles que habían atacado el Presidio, cosa que nunca hizo, no me acompañó con sus soldados hasta la bahía. Fray Pedro y yo la recorrimos, decidimos dónde sería la ciudad y le giré instrucciones a usted para que llevara a la gente.

Rivera: ¿Escucharon? Está aceptando que él no fundó la ciudad.

Anza: Estoy aceptando que usted es un tramposo y asesino y que por eso lo mataron con saña.

Palma (*con orgullo*): ¿Quién lo mató? ¿Eh? ¿Quién?

Rivera: ¡Traidor!

Palma: ¡Asesino! ¿Quién lo mató, eh?

Pedro: ¡Jugada anulada! ¿Quieren que los expulse?

Rivera: Haga lo que quiera, ya no me importa.

Anza: ¿Para qué le va a importar, si usted no existe? En cambio a mí me veneran. Me llaman El Caballero de Anza. En varias regiones de California realizan cabalgatas en mi nombre. Hasta hubo una expedición de californianos que escarbaron en el templo de Arizpe para encontrar mis restos. (*Todos ríen*). ¿De qué se ríen?

Pedro: ¿Sus restos? ¿Tenía usted al morir entre treinta y treinta y cinco años?

Anza: No. Tenía más que eso. Cincuenta y tres.

Rivera: ¿Murió usted de cólera?

Anza: No.

Pedro: ¿Medía usted seis pies de altura?

Anza 2: Pie, medida equivalente a dos punto cinco centímetros. O sea, seis pies es equivalente a un metro con ochenta y tres centímetros.

Anza: ¿Qué importa eso?

Rivera: ¿Se apellida Echeagaray o Chavarría?

Anza: Anza es mi apellido.

Rivera: Los restos que exponen en la iglesia de Arizpe como suyos, no son los suyos. ¡La bola se va, se va, se va, y se fue! ¡Home run!

Anza: ¿Y cuál creen ustedes que es mi reclamo? ¿Por qué piensan ustedes que clamo justicia?

Pedro: Además, su objetivo al fundar la ciudad era impedir que los ingleses o los rusos se apoderaran de la región, ¿y qué pasó? ¿A quién pertenece esa región ahora? ¿A España? ¿A México? Fracasó, no lo niegue, capitán y comandante Anza.

Anza: Lo que haya sucedido después no me compete, pero sí compete a Palma y a Rivera, que son quienes pelearon y por quienes se abandonó el territorio a su suerte.

Palma: ¡Ja! ¡Ni las manos metió, el capitancete Rivera! ¡Nos unimos todos y los acabamos en un dos por tres!

Rivera: Montoneros, eso son.

Palma: ¡Nos cansamos de sus abusos, capitancete!

Pedro: También asesinaron vilmente a nuestros hermanos misioneros que eran sus hermanos, comían de su plato y dormían en su casa.

Palma: Lo siento. Lo siento mucho. Efecto colateral.

Rivera: ¡Todo es culpa de Anza! ¡Si él no hubiera insistido en venir, yo los hubiera tenido controlados a fuerza de látigo! ¡No nos hubiéramos descuidado, los ingleses no hubieran colonizado la región y California, que representa el cuarenta por ciento de la riqueza de los Estados Unidos y económicamente hablando es una de las regiones más importantes del mundo, seguiría siendo nuestra!

Anza 2: Para que suceda algo, sólo hay que desearlo y luchar por ello.

Rivera 2: Como lo hacían esporádicamente en esa larga, larguísima guerra, los indígenas se unieron y acabaron con los llamados conquistadores.

Anza: ¿Me responsabilizan a mí de perder el territorio? ¿A mí, que nunca regresé a estas tierras? ¿A mí, que seguí explorando, abriendo caminos, conquistando? ¿Me reclaman a mí que soy famoso cuando ni siquiera han encontrado mis restos? ¡Exijo justicia!

Palma: ¿Y eso qué importa? Los huesos son huesos y nada más. Tu nombre se encuentra en los libros de historia como el gran conquistador. Tienes monumentos en diferentes ciudades, hay estudios de tu vida y obra. Excursiones. Eso es lo que importa. Hay personas en San Francisco que se visten como tú y actúan como tú, como un homenaje a la que dicen tu hazaña.

Rivera (con sorna): El Caballero de Anza... Ja, ja, ja. Y no conquistaste ni fundaste nada, embustero.

Anza: La Corona me encomendó que fundara la ciudad de San Francisco, en la alta California, y yo lo hice.

Rivera: ¿En verdad? ¿Estás seguro?

Anza: Llevé a la gente hasta allá y allí los dejé con todo y provisiones para que se reprodujeran. Eso me pidieron, eso hice.

Pedro: Yo tenía muy claro a qué iba. ¿Y usted?

Anza: Ya lo dije.

Rivera: Iba a enriquecerse, como todos. A quedar bien con el Virrey.

Anza: Usted no tiene derecho a hablar, siquiera. Vine a poblar estas tierras. ¡A poblarlas!

Rivera: ¡Ya estaban pobladas!

Anza: ¡Por gentiles!

Rivera: ¡Por humanos como usted y como yo!

Pablo: Rivera es un asesino... Rivera es un asesino... ¿Escuchó? Usted, señor Rivera, es un asesino.

Pedro: Excomulgado.

Rivera: Ja. Soy hombre de mano dura, como debe de ser. Si todos hubieran sido como yo, los hubiéramos exterminado y no hubiera habido más problemas. Perdí. Gracias a todos ustedes, perdí.

Pablo: ¿Qué con nosotros, los llamados gentiles? La gran mayoría, muertos. Por sus armas, o sus espadas, o sus enfermedades, pero muertos. Y los vivos, ¿dónde estamos? En reservas, como objetos culturales. (*A Palma*) ¡Y todo por tu culpa! ¡Tú les abriste la puerta!

Palma: ¡Nos iban a ayudar a pelear contra los apaches!

Pablo: ¿De dónde sacaste que éstos eran mejor que los apaches? Los apaches atacaban sólo para tomar lo que necesitaban para vivir; en cambio éstos no tienen llenadera. ¿Dónde quedaron los apaches? Igual que nosotros, derrotados, sin sueños, viviendo en reservas.

Pedro: Que quede claro que yo no participé en esa masacre contra ustedes.

Anza: Ni yo.

Rivera: ¡Justicia! ¡Justicia! ¡Justicia! Como nunca encontraron mis restos, que estos gentiles despiadados arrojaron al río Colorado, mi esposa y mis hijos nunca pudieron cobrar una pensión y murieron en la pobreza total. ¡Justicia para ellos! ¡Justicia para mí! ¡Quiero mi pedacito de historia!

Anza 2: En un enfrentamiento, cualquiera, no puede haber ganadores. Siempre se pierde algo. En esta guerra, el último estertor de la genocida Corona española, pierde la tierra, pierde el hombre.

Rivera 2: Igual que siempre, sin importar fecha y lugar, perdemos todos.

Anza: Nadie sabe para quién trabaja.

Pedro: La verdad. ¿Qué es la verdad? Muchos nos integramos en este intento por lograr una interacción pacífica. Muchos otros usaron la violencia. Todos perdimos.

Rivera: ¡Bah!

Palma: ¡Bah!

Pablo: ¡Bah!

Anza 2: ¡Juego terminado! La gente va y viene, viene y va. La gente busca, la gente quiere imponer...

Anza: ¿Y no podrían intentar otra escarbadita ahora que ya saben exactamente dónde están mis restos y encontrarlos para exponerlos en lugar de los de ese capitán Echegaray?

Rivera: ¡No! ¡Justicia, justicia, justicia!

Pedro: Eso no tiene importancia, Capitán.

Anza: ¡Pero yo quiero! ¡Necesito que terminen lo que empezaron!

Rivera 2: ¡Basta!

Anza 2: ¡Basta!

Anza 2: ¡No hay ganador! ¡No hay empate! ¡La tierra pierde! ¡La gente pierde!
¡Cuando se impone la sinrazón, todos perdemos!

Palma: ¡Y California y el beisbol son de los Estados Unidos de Norteamérica! ¡No de México! ¡No de España!

Rivera: ¡No de Anza!

Anza: ¡No de Rivera!

Pablo: ¡No nuestra!

Anza 2: ¡Juego nunca terminado! (*A Anza*) ¡Derrotado! (*A Rivera*) ¡Derrotado! (*A Palma y Pablo*) ¡Derrotados!

Rivera 2: ¡Nunca game over!

Anza 2: Planeta Tierra, ¡derrotado!

Oscuro